

DOMINIOS GNOSEOLÓGICOS DE LA PSICOLOGÍA. PROBLEMAS REPRESENTACIONALES

1. ÁMBITOS DEL ESTUDIO PSICOLÓGICO

La disciplina psicológica ha centralizado a lo largo de su historia objetos específicos diversos, algunos periféricos, como los procesos, estados y comportamientos manifiestos; otros internalistas, como los procesos vitales subjetivos. Los primeros imponen un tipo de metodología experimentalista, en tanto que los segundos han configurado un enfoque introspectivo-significante. La objetividad del objeto permite un consenso y replicabilidad mayores, en tanto que la subjetividad del objeto apunta a dimensiones difícilmente consensuales y falsables, aunque potencialmente más ricas en lecturas.

Al deliberar acerca del objeto de la psicología, F. Dorsch (1976) exige que éste se atenga a un *«principio del acontecer»*, en virtud del cual el objeto no sea rígido sino dinámico; un *«principio de la vida o de lo orgánico»*, por el que lo inorgánico o muerto quede excluido de antemano; un *«principio de subjetividad»*, en virtud del cual los procesos conductuales o las vivencias sólo pueden ser en verdad experimentados por su agente y, por eso, transmisibles con limitaciones a un tercero; el *«principio de las conexiones regulares»*, mediante el cual los procesos psíquicos no se brinden aisladamente al estudio, sino interconectados con múltiples dinamismos internos y externos. Los criterios esgrimidos consiguen delimitar un campo para la psicología, a un tiempo lo bastante estricto que no origine problemas de fronteras epistemológicas y lo suficientemente amplio como para permitir el acuerdo y la identificación de los plurales enfoques que alberga actualmente la psicología. El primero de los criterios nos aproxima a las orientaciones fenomenológicas y vitalistas; el segundo, a las perspectivas más biológicas y fisiológicas de la psicología; el tercero, a la amplia gama de tendencias mentalistas, dinámicas, humanistas...; por fin, el cuarto nos acerca a las dimensiones experimentalistas de la psicología.

«Es tarea de la psicología la investigación de las manifestaciones psíquicas para la descripción y la explicación (psicología pura) y para la aplicación

de los conocimientos adquiridos a los requerimientos de la vida cultural, social y económica (psicología aplicada o práctica)» (F. Dorsch, 1976, 752).

Uno de los problemas abiertos a la epistemología de la psicología contemporánea consiste en dilucidar su carácter puro, formal y «natural» o su carácter y sentido práctico, aplicado y «social». O, dicho de otro modo, decidir si su destino principal es el de devenir con el tiempo en un compendio de conocimientos axiomáticos sobre las estructuras, procesos y funcionalidad del comportamiento, o convertirse en una tecnología depurada de intervención práxica en los ámbitos individuales, sociales de desarrollo humano. ¿Ciencia pura o artesanía instrumentalizada? (cf. N. Braunstein, 1975).

Si no fuera excesivamente osado zanjar la ya monótona y rancia discusión histórica sobre cuál es el «verdadero» objeto de la psicología, podríamos tal vez obtener un cierto consenso al gusto de corrientes y concepciones muy disímiles, afirmando que el objeto de la psicología son las manifestaciones o *expresiones* psíquicas —conductas, en sentido lato— que se producen en el transcurso de una vida orgánica, individual o colectivamente considerada, como fruto de la interacción con el medio y que están engarzadas en un entramado de conexiones múltiples entre el cuerpo, las variables bio-genético-constitucionales, sometidas a procesos de adaptación intra e interpersonales, y que revisten una significación causal o teleológica y están enmarcadas en concretas pero numerosas circunstancias sociohistóricas.

La amable amplitud de la definición que acabamos de proponer, tal vez no suficientemente parsimoniosa, acoge en el seno de ese objeto unificador: la expresión conductual —que no acto de conducta o comportamiento— a toda la gama de objetos parciales que en el transcurso de la historia se han ido proponiendo en una suerte de *pars pro toto* que ha seccionado y disgregado la unidad psicológica en comportamientos restrictivos e insuficientes. La disgregación ha producido una dialéctica y unas tensiones y polarizaciones que ansiaban completar las insuficiencias anteriores, y que han convertido la historia de la psicología del siglo XX en una acre guerra de paradigmas que ha minado su fuerza, comprometido su independencia epistemológica y dificultado su maduración, eternizado su juventud y consolidación como nueva ciencia moderna (cf. Oñativia, 1982; y A. Caparrós, 1978). *Pluralidad y disgregación* connotan, pues, la psicología contemporánea:

«... lo que se acoge bajo el término psicología no es un sector homogéneo y unitario del conocimiento, sino que incluye muy diversas teorías, modelos, métodos y objetivos, existiendo incluso cambios históricos sobre cuál ha de ser el objeto de estudio, el sostén epistemológico, las metas últimas y la metodología de trabajo» (A. Sánchez-Barranco, 1991, 3).

A lo largo de todas las etapas que jalonan la historia de la psicología se han diferenciado y hasta reificado algunos de los elementos componentes de

nuestra precedente definición. La clarificación de perfiles propios e indiscutibles ha producido una tendencia centrífuga en la psicología que ha acabado por configurar un *mapa gnoseológico* de múltiples Reinos de Taifas. Hasta tal punto se ha parcelado el objeto de estudio de la psicología en los distintos enfoques, que F. Mueller asegura que:

«... no podría decirse que la psicología, tanto desde el punto de vista de los métodos como de su objeto, es una» (F. Mueller, 1960, 7).

Después de haberse consagrado al estudio «concreto» del individuo humano o animal, aisladamente considerado, ha vuelto sus ojos hacia las relaciones de ese ser-en-el-mundo, de su mundo interno conflictivo o meramente simbólico, a sus elaboraciones y representaciones mentales. En este cambio de inclinaciones y orientaciones, la delimitación de un objeto de específico se ha visto comprometida y subordinada al desbrozamiento de los objetos que competen a otras ciencias limítrofes: etología, antropología, sociología, semántica, historia, fisiología, medicina, etc. Según las concomitancias existentes entre la conducta psicológica y los objetos de estas otras ramas del conocimiento, ha tomado en préstamo y adaptado a sus fines peculiares modelos representacionales, formales y metodológicos de otras ciencias que les sirven de metro o patrón (cf. Rof Carballo, 1975). Como expresaba en un escrito anterior:

«El viejo problema de las fronteras de la psicología aparece encadenado al de los reduccionismos, monopolios, parcelaciones o escolásticas dentro de la psicología...» (T. Sánchez, 1993, 9).

La «importación» y adopción de modelos foráneos ha comprometido secularmente la identidad epistémica de la psicología y la ha sumido en constantes guerras de demarcación conceptual, gnoseológica y metodológica para definir la intensión y extensión de los dominios teóricos, prácticos y técnicos respectivos. Puesto que han absolutizado áreas o parcelas de la definición global, se han erigido y posteriormente articulado ramas, escuelas o corrientes que se han repartido controvertidamente el objeto común.

Lo sorprendente de esta situación no es que la psicología sea deudora o esté emparentada con otras ciencias, ni tan siquiera que para muchos —entre otras la tendencia fisiologicista— no pueda dejar de ser un epítome de otras disciplinas naturales, sino que es el enfado y la virulencia con que se reniega de la afiliación positivista, aunque se asimilen y traspolen conocimientos e instrumentos de dichas ciencias. Doble juego de dependencias y reivindicaciones de identidad que ha sumido a la psicología en un mar de confusiones y en situaciones «esquizofrenógenas». Pinillos lo expresaba claramente:

«... (existe) la sospecha de que la adopción del modelo epistemológico propio de la ciencia natural, y muy especialmente el de la física, ha impuesto a la psicología unas constricciones metodológicas y teóricas impropias de su objeto, de las que se resiente cada vez más» (J. L. Pinillos, 1981, 540).

2. FALACIAS QUE SOSTIENEN LA DIVERSIDAD MODELÍSTICA EN PSICOLOGÍA

Una mirada más benevolente al pasado epistemológico de la psicología nos induciría a observar que cada campo de los anteriormente explicitados no ha roto sino que se ha especializado en enfoques parciales de un hipotético objeto-conducta comúnmente consensuado. También sobresale el hecho de que, detrás de cada parcelación, anida un conjunto de consideraciones filosóficas, de valoraciones epistemológicas y de modas culturales que, sin hacerse notoriamente explícitas, pertrechan el talante de la investigación, sus objetivos prioritarios, los instrumentos relevantes y los fines perseguidos. Y tal reparto podría valorarse positivamente en el sentido de permitir una mayor precisión, si no fuera porque paralelamente ha sido alimentado de intrigas descalificadoras de las parcelas colindantes y de una apología exaltada de la superioridad y mejor calidad del dominio propio.

En función del primado objetual y metodológico que lleva parejo cada dominio gnoseológico, en función de la prioridad concedida a cuestiones de fondo o de forma, y en función de la valoración atribuida a la observación o a la vivencia, el legado de la psicología se ha situado en el centro neurálgico del debate sempiterno mente-cuerpo o, dicho de otro modo, en el epicentro de un dualismo mentalista-organicista. Según la mayor o menor aproximación a los polos de este *continuum*, se han baremado distintivamente cuestiones tanto de validez epistemológica como de prestigio social y credibilidad de las teorías y resultados. De ahí que ciertos órdenes de la psicología más naturalistas hayan sido reputados de ciencia experimental y natural, en tanto que otros órdenes más cercanos a los dominios histórico-hermenéuticos o fenomenológicos hayan sufrido la reprobación epistemológica y la condena social como pseudociencias o mitos cuasi-religiosos.

La psicología contemporánea se ha visto arrastrada a infinidad de mitos y falacias conceptuales y metodológicas, en parte por la oscuridad con que se han formulado las cuestiones, y en parte porque se han construido en el contexto de polémicas y debates de unos modelos contra otros, en los que se ha necesitado exagerar los defectos del modelo contrario, las contraposiciones y diferencias para matizar las propias señas de identidad. A menudo las distintas escuelas, modelos o corrientes se han definido por oposición y negación y para ello se han polarizado las peculiaridades genuinas, abriendo auténticas simas donde en rigor no deberían existir más que frágiles muros de separación. Es la idea básica que transita la obra de R. Musso (1970) cuando enumera y analiza las aciagas falacias y falsas contraposiciones en las que han caído los diversos modelos de la psicología: racional versus empírico, descriptivo versus explicativo, comprensión versus explicación, abstracto versus concreto, totalismo versus elementalismo, idiográfico versus nomotético, cuantitativo versus cualitativo, ciencia de la naturaleza versus ciencia de la cultura, etc. Y observa:

«Estas falacias se convierten en mitos porque en torno de ellas se nuclean muchos psicólogos que se organizan en escuelas, se identifican como “pertenecientes” a esas escuelas y adoptan actitudes prejuiciosas respecto a quienes sostienen ideas metodológicas (y objetuales) contrarias a las suyas. Tal situación constituye una rémora para el progreso de la psicología como ciencia, ésta sólo comienza a existir como tal cuando aquellas desaparecen o subsisten únicamente en las regiones marginales del conocimiento científico» (R. Musso, 1970, 10).

Muchos autores coinciden al señalar que tantas subdivisiones han contribuido a minar la unidad que debería gobernar a la psicología en cuanto a su objeto (cf. D. Lagache, 1949), obviando unos los aspectos mediacionales entre lo investigado y lo real (artificialismo de toda experimentación psicológica), y otros las vías de formalización de sus principios teóricos. La disociación entre la primacía metodológica o contenutística ha enfrentado, no dos psicologías distintas, sino dos actitudes o puntos de partida diferentes, aunque bien podrían ser convergentes. Significatividad o relevancia de los constructos *versus* garantía metodológica de los resultados: he aquí los polos de la eterna y falsa tensionalidad:

«Sea cual fuere el lenguaje en que se lo expresa, reconoceremos que una explicación que se esfuerza por seguir las conductas humanas en todas sus sinuosidades debe enfrentarse con motivaciones y mediaciones en gran parte ignoradas por los agentes de estas conductas» (D. Lagache, 1949, 34).

Uno de los aspectos más señalados en la controversia que venimos analizando es que mientras el método por antonomasia (la experimentación, se sobreentiende) parece idóneo para asegurar la unificación de la psicología, persiste la insatisfacción cuando los hechos humanos devienen meros datos al pasar por el dispositivo experimental. La reducción del sujeto de la conducta a elementos tipificables y baremables, matematizables y trasplantables a laboratorio, amenaza con disolver a anular aspectos de la conducta —o de sus sentidos, motivaciones, metas, etc., en definitiva, la subjetividad—, igualmente dignos de tomarse en cuenta, aunque no se dobleguen a los antedichos requisitos metodológicos:

«... para abordar el problema de la naturaleza de las leyes enmarcadas por un estudio científico del comportamiento, consideramos indispensable analizar con profundidad las implicaciones últimas de una concepción interalista, mental, de lo psicológico» (E. Ribes Iñesta, 1982, 27).

Pero el problema de incluir lo subjetivo, vivencial y existencial en el ámbito-objeto de la psicología, es que se escapa a las condiciones de comunicabilidad y replicabilidad exigidas por y para el trabajo científico. Evidentemente, no se prestan a la observación intersubjetiva, a la repetición pública ni a la manipulación experimental. Eso no quiere decir, como dramáticamente apuntaba

P. Grecó (1967, 937), que «es la desgracia del psicólogo: cuando hace psicología no está seguro de hacer ciencia, y si la hace no está seguro de que sea psicología», pero sí que no es posible legitimar el divorcio objeto-sujeto, profundo, externo-interno, sino abocar a una confluencia objeto-método sin caer en fetichismos veneradores de la pureza metodológica o de la pureza gnoseológica.

A la luz de estas consideraciones, cabría contemplar la posibilidad de: 1.º Ampliar el campo de lo empírico-conductual (cf. R. Barón, 1978) para admitir la experiencia interior e inteligible como objeto legítimo de aprehensión y comprensión; y 2.º Limitar el imperialismo experimentalista, un común y extendido *pars pro toto* de la psicología, de manera que se admitan abordajes alternativos o complementarios a ese *núcleo omnipotente* de lo empírico en que se ha convertido lo experimental. De otro modo, no tendríamos más remedio que prescindir del dominio privado de la psique y renunciar a la significatividad del comportamiento. Si no deseamos que la psicología devenga, como dice Tizón, una etología humana simplificada, es preciso entonces prestar atención a los fenómenos interiores y a cuestiones de sentido:

«Psicoanalistas y conductistas manejan, en último término, dos conceptos extremos de conducta y dos posiciones diferentes en cuanto a la relación sujeto-objeto en la investigación científica. El problema radica, como ya hemos visto, en considerar (psicoanálisis) o no (conductismo) el aspecto semántico de la conducta, la caracterización del acto de conducta como significativo, como comunicación» (J. L. Tizón, 1978, 44) (paréntesis míos).

Según esto, las discrepancias existentes en el campo psicológico no se deben tanto, como ya hemos advertido, al objeto, cuanto a la cantidad y extensión de observaciones y variables que cada modelo se propone al fin relacionar, explicar o resignificar. Pero esto no omite la necesidad de superar dos escollos primordiales: los que atañen a la «fiscalidad» del objeto (peligro de radicalismo empirista en el que a veces se estrella la psicología fisiológica y conductual), y los que atañen a la «información» semántica, dinámica, fenomenológica, etc., de la conducta (radicalismos existencialistas, gestálticos y psicoanalíticos).

La psicología, en tanto se atiene a los hechos observables, se mantiene por voluntad propia en el terreno de la positividad; en tanto pretende extrapolar conclusiones al «fenómeno humano» (en el sentido de sus representaciones metaempíricas), escapa a dicha positividad, aunque con ello gane en riqueza de matices o en sugerencias comprensivas sobre el hombre. Por eso, el mínimo común denominador que pueden compartir la diversidad y pluralidad de orientaciones psicológicas es eso: mínimo.

«Hay un rasgo científico general que los psicólogos comparten en su mayoría; esperan basar su imagen del hombre en el conocimiento empírico,

no en un dogma político, opinión tradicional, revelación divina o razón estética. Pero una vez dicho esto, resulta difícil seguir adelante hasta tanto sepamos a qué psicólogo nos estamos refiriendo» (G. Miller, 1968, 23).

Históricamente, el behaviorismo sacó de sus reductos telúricos a la psicología mentalista de la conciencia. Conciencia es un concepto no claramente definido, ni utilizable o funcional, por tanto, prescindible y teorético. Profundizar o, tan siquiera, perfilar la conciencia como objeto de la psicología requiere un instrumento (la introspección) de diferente fuerza y rango cognoscitivo según los individuos, mientras que la descripción del comportamiento sólo necesita un instrumento (la observación) que es común a todos los sujetos.

Vemos con el ejemplo anterior que la historia de la psicología se basa en el descontento, el cual empuja a la rebeldía y la derrocamiento del modelo previo. El modelo triunfante se erige en panacea excluyente hasta la aparición de una nueva revolución producida por un nuevo descontento. Así se admite desde la aparición del concepto de paradigma kuhniano. Pero no es, o no ha sido, una historia de superaciones y perfeccionamiento sobre una base esencial comúnmente aceptada, sino de efímeros reinados y abdicaciones o derrocamientos.

La erradicación de la psicología mentalista e introspectiva del concurso de la psicología objetiva estuvo motivada por la irreductibilidad, *sensu stricto*, de la «conciencia» a fenómenos conductuales observables. A su vez, la inconsistencia de la psicología científica, por su parte, estriba en que, pese a su reconocimiento de la existencia de realidades inaccesibles a la observación, sólo confía en los instrumentos que manejan la observación controlada y sistemática, dejando fuera de cartel las emociones y las valoraciones morales.

Al constatar M. Dubarle (1976) los problemas arriba expuestos, llega a la conclusión de que psicoanálisis y psicología son por ello irreconciliables. El psicoanálisis trató de erigirse, en este sentido, como una práctica subversiva del ideal científico clásico de la psicología positiva, como una contra-filosofía positiva:

«Desde este punto de vista, psicología del comportamiento y psicoanálisis están, por así decir, en las antípodas la una de la otra, cada una consciente de su propia pretensión a la científicidad y con una cierta capacidad para lograrla, pero cada una llevada más o menos espontáneamente a hacer una denegación del carácter científico de una disciplina, constituyéndose de una forma epistemológicamente muy diferente» (M. Dubarle, 1976, 130) (traducción nuestra).

El psicoanálisis es, entre todos los paradigmas coexistentes de la psicología contemporánea, el que mejor representa la disolución del imperativo de positividad inculcado en el seno de las ciencias humanas, por ello escapa a la persuasión ideológica y ejerce sobre ella una peculiar crítica epistemológica (cf. D. Susel). Pero éste es otro ejemplo representativo de la guerra de modelos existente a lo largo de la historia de la psicología.

3. MODELOS DE LA CIENCIA PSICOLÓGICA

En el Diccionario de J. Ferrater Mora (1941, 216) se propone la siguiente definición metafísica de modelo:

«Metafísicamente, “modelo” puede designar el modo de ser de ciertas realidades o supuestas realidades, del tipo de las ideas o formas platónicas. Estas ideas o formas son, en efecto, paradigmas y, por consiguiente, modelos de todo lo que es en la medida en que es. Siendo el modelo de una realidad equivalente a esta realidad en su estado de perfección, el modelo es aquello a que tiende toda realidad para ser lo que es, es decir, para ser plenamente sí misma en vez de ser una sombra, copia, disminución o desviación de lo que es. En este sentido “modelo” equivale a “realidad como tal”...» (J. Ferrater Mora, 1941, 216).

Encontramos el término modelo utilizado, al menos, con una doble acepción: en cuanto representación ideal de la potencialidad de algo y en cuanto arquetipo o esquema que sirve de marco referencial para algo. Es en esta segunda significación como a nosotros más nos interesa: en el de capacidad de poner de relieve ciertos modos de explicación de la realidad. Modelo y teoría no se identifican, ya que aquél supone y desarrolla una interpretación previa de ésta.

Respecto a lo ocurrido en la psicología, ésta ha recurrido a diversos modelos como espejo de aspiraciones, tratándose por lo general en dichos modelos de organizaciones más estables y cristalizadas de conocimientos que las que posee la psicología misma; de igual forma, la psicología se ha servido de otros modelos en cuanto esqueleto argumental e hipotético-deductivo para emular con sus propios datos el prestigio, solidez o aceptación de que gozan los modelos empleados como patrón. Dorsch considera que «en la psicología y en las ciencias sociales se ha introducido la costumbre de llamar modelos a las teorías que se formulan con un lenguaje exacto» (F. Dorsch, 1976, 614).

El modelo es previo, una suerte de sistema de categorías, leyes y esquemas generales: una construcción heurística, una perspectiva holística sobre aquello que enfoca pero además posibilita y potencia cauces explicativos originales, especialmente cuando deja de ser una entelequia o una perspectiva abstracta de la realidad y se amolda y encamina hacia asuntos concretos. El modelo deviene también una fuente de interrogantes a la vez que de inferencias y aplicaciones, como hace poco señalaba el recién desaparecido M. Yela:

«Está claro que los hechos contestan y dicen sí o no o quizá a las preguntas, hipótesis o teorías, pero también está claro que, en parte, se buscan, seleccionan, observan e interpretan según las teorías, hipótesis y preguntas y según los medios de observación que de ellas y de las técnicas de constatación y medida se elaboran» (M. Yela, 1994, 6).

En psicología han sido empleados muchos modelos sucesiva y simultáneamente. Eso se aprecia, por ejemplo, en la impregnación que tienen los términos técnicos de la psicología del lenguaje procedente de dichos modelos. La semántica del modelo es adaptada desde las ciencias limítrofes o incluso lejanas al campo propiamente psicológico y utilizada «como si» en una suerte de metáfora o alusión económica porque permite comprender qué se dice sin explicarlo directamente.

Fechner pretendió parangonar la psicología a la física; Herbart quiso realizar una metafísica matemática del alma; Gall buscó en la fisiognomía y la morfología craneal una base para su frenología; la psicología positivista en sus múltiples formas tuvo en la física su referencia; el atomismo elementalista de Wundt se guió por el modelo químico; el funcionalismo se guió por el modelo evolucionista de la Biología; el psicoanálisis adoptó los modelos anatómico, dinámico y energético; el conductismo recurrió al modelo etológico; el cognitivismo utilizó la lingüística estructuralista y la cibernética como patrones-guía entre otros, y así sucesivamente.

Oñativia (1982, 211-212, nota) se pregunta, al rastrear la procedencia de los términos habituales en psicología, cuál es su legitimidad como términos autónomos. Existen términos de procedencia filosófica, del lenguaje común, de las ciencias físico-matemáticas, de la representación físico-espacial, del lenguaje biológico, de sentido figurado, simbólico y mitológico, de formas específicas de relación social, etc.

El término «modelo», popularizado en las ciencias humanas alrededor de los años sesenta, ha perdido su significado metafísico e incluso epistemológico como consecuencia del desgaste de la expresión. La simbólica de los modelos referenciales se ha usado indiscriminadamente, pretendiendo, de este modo, un tanto capciosamente, ganarse la credibilidad o los atributos de la ciencia con la que se mantienen relaciones analógicas:

«Los modelos se han considerado siempre como sistemas análogos que sirven para obtener, en base a este tipo de relación, información sobre el sujeto de estudio... En realidad, los modelos son formas icónicas, esto es, *representaciones analógicas* de la realidad...» (C. Rechea, 1982, 110).

Por concreta y simple que sea una teoría o una metodología, concita detrás y entre bastidores un conjunto de modelos, representaciones, axiologías e incluso cosmovisiones, enorme y además obviado. Por eso la quimera de un conocimiento sólo empírico o ateórico se hace más patente y patética: porque ignora la red de supuestos y representaciones que intervienen o han intervenido en el planteamiento de la estrategia gnoseológica.

En psicología, los modelos (físico, biológico, cibernético, etc.) han sido empleados tanto como guías en la investigación cuanto como artificios en la construcción de las teorías. Fuente de concepciones (campo, vector, fuerza, valencia, tensión, equilibración, integración, estructura, aparato, desplazamien-

to...) y de planteamientos sobre el objeto psicológico, el modelo ha orientado, e incluso dirigido la investigación en un sentido determinado. Cada modelo asimilado muestra su validez mediante el tipo de investigaciones que promueve:

«... sólo es aceptado como un sistema para sugerir hipótesis y abrir camino a la construcción de algún otro tipo de teorización, ya sea de carácter inductivo como deductivo» (C. Rechea, 1982, 112).

Así pues, el modelo en cuanto pauta paradigmática o modo de inteligibilidad reviste menor importancia que en cuanto modelo —metodológicamente perfeñado— para guiar la investigación. En aquel sentido, modelo-teórico, es un referente, en éste, modelo-investigación, es un camino operativo. Pero un camino que se convierte en axiología porque de cómo sea el modelo dependen tanto los problemas relevantes para un campo de estudio, como el orden de ejecución de la investigación y los criterios consignados para evaluar los resultados obtenidos, su significación y trascendencia. Los datos son mudos por sí mismos, sólo hablan y son decodificables a partir del modelo desde el cual se interpretan. No fue otra la crítica a la ilusión descriptivista pura de Skinner.

Algunos de los autores que hemos mencionado confieren un alcance más global al modelo que a la teoría; Mosterín (1973), en cambio, opta por invertir la importancia de ambos, atribuyendo un papel insignificante al modelo. Cada sistema, en su opinión, encierra diversas teorías, y cada teoría —en las ciencias empíricas, que no en las formales— puede condensar optativamente una diversidad de modelos de dúctil valor y utilidad acomodaticia. Las teorías se sirven de los modelos según su relativa eficacia, pero no tienen necesidad de ser fieles a la totalidad de un único modelo. De esta forma, frecuentemente, alega Mosterín, los psicólogos dicen estar buscando un modelo para canalizar las explicaciones sobre los fenómenos que se producen en su campo, cuando en realidad buscan una teoría que describa adecuadamente ese sistema. En este caso, el modelo es sólo un cauce expresivo que facilita transitoriamente las cosas a la teoría.

Las características y propiedades de un modelo teórico son:

- servir como mecanismo de relación entre los diversos conjuntos de variables contenidos en una teoría;
- posibilitar una serie de predicciones derivadas de las relaciones empíricas entre variables;
- prestarse a la falsación de la teoría a la que está sirviendo como sostén;
- brindar el mayor número posible de axiomas testables paramétrica y cuantitativamente (cf. S. Sharp, 1978: «Constructive properties of theoretical models»).

Resumiendo lo dicho hasta ahora, podemos observar que la concepción triunfal de los modelos en psicología es aquella que los entiende como *representaciones especiales para la explicación* de los fenómenos psíquicos. El

modelo ha de ser equivalente a los fenómenos de los que habla, pero no está creado en función de ellos, sino que, en virtud de su analogía intrínseca (más que formal), puede brindarles una pauta de explicación e inteligibilidad.

Un modelo no es sólo una manera de representar algo, es una construcción que especifica y da sentido a una expresión o a un problema nuevo. El modelo analógico debe ser capaz, no sólo de explicar los conceptos, sino de captar y expresar —no sólo de describir— las relaciones entre ellos y establecer leyes generales. Encontraremos más clara esta idea en palabras de Anguera:

«Afirmar que pensar con modelos es siempre pensar “como si”, no implica afirmar que un modelo es una ficción, sino simplemente una expresión metafórica representativa de fenómenos que no pueden ser aprehendidos de forma directa» (M. T. Anguera, 1977, 38).

En un dominio en el que se barajen pocas hipótesis no es preciso un principio racional que sirva de criterio organizador, pero su necesidad crece cuando la complejidad teórica es mayor y las conexiones intrínsecas, los modos generales que subtienden el entramado de hipótesis concretas y de distinta probabilidad, reclaman un punto de vista abstracto, coherente y consistente como cúpula.

Un modelo válido, así considerado, podría ser tanto filosófico y/o especulativo, con honda raigambre en creencias tradicionales, filosóficas o ideológicas, aunque no estén comprobadas, como objetivo, empírico y sistemático. El primer tipo puede, y suele, incurrir en excesivas vaguedades e imprecisiones, o bien en verdades de sentido común pero que pueden ser falsas, científicamente hablando, mermando así su valor predictivo. El segundo tipo, por el contrario, marca y diseña con claridad las relaciones verificables, al tiempo que traza reglas para determinar su desarrollo:

«Lejos de ser universalmente válida, la fuerza explicativa y predictiva de un modelo (...) suele estar en relación inversa con la amplitud de su aplicación. Con frecuencia, lo que todo lo explica, no explica nada. Si no se aclaran las áreas específicas de aplicación del modelo, implicando con ello que es aplicable a algún aspecto psicológico, probablemente se trate de un modelo inútil; por el contrario, lo que necesitamos son modelos cuidadosamente circunscritos de alta eficacia...» (M. T. Anguera, 1977, 44-45).

Un modelo es el recurso legítimo de una teoría o un sistema cuando la formalización ve trabadas, o es prematuro acudir a ellas, las vías de experimentación. Es preferible una modelización icónica —de relaciones entre fenómenos empíricos— o simbólica —de conexiones significativas entre conceptos—, siempre que se dé un amplio conocimiento de los fenómenos o conceptos a los que se ha de destinar, que una hiperformalización precoz de carácter débilmente experimental.

La legitimación del uso de modelos diversos en psicología elimina el prurito experimentalista como única forma de establecer relaciones científicamente importantes entre variables o entre los términos de una hipótesis. Es decir: aleja a la psicología del yugo fiscalista que le ha constreñido largamente. Sin embargo, el abuso de la modelización conduce a un nefasto anarquismo, en el que todo vale. Cuando se da una gran familiaridad con el modelo empleado, aún sin aportar pruebas suficientes como apoyo, puede generarse la falsa impresión de estar brindando explicaciones fehacientes sobre los fenómenos, cuando en realidad sólo se ofrecen símiles o buenos propósitos de ser como el modelo.

Un uso excesivo de modelos analógicos en psicología ha contribuido, a mi entender, a estancar, obviar o suprimir el compromiso de efectuar investigaciones empíricas autónomas. La psicología, haciendo gala de modelos prestigiosos, ha quedado abocada a un fuerte *impasse* epistemológico, pues queriendo gozar de independencia en cuanto a sus credenciales teóricas, ha recurrido con harta frecuencia a modelos analógicos prestados, y en este sentido su formalización se ha detenido en pseudoexplicaciones de cariz biológico, fisiológico, físico o filosófico, según las ramas. En cualquier caso, por doquier han menudeado analogías, metáforas y lenguajes ajenos:

«Es preciso tener bien claro este punto: ningún modelo puede pretender proporcionar una verdadera explicación; no puede demostrarse que lo haga; pero los otros tipos de modelos (no analógicos), a diferencia del analógico, en efecto, explican» (M. T. Anguera, 1977, 44).

Además, también se ha dado la circunstancia de una esclavitud histórica respecto a modelos que, a la larga, se observan inservibles para aportar explicaciones válidas a los fenómenos psicológicos propiamente dichos que se han ido perfilando paulatinamente como específicos y exclusivos de la psicología e inabordables desde cualquier otro referente. De tal forma que, por un efecto de halo, modelo referencial de uso y problemática psicológica se han encontrado amalgamados en una misma función o dominio heurístico, estando, sin embargo, a muy diferentes niveles de desarrollo. Así, modelo y problemática se presentan, desde un principio, como lamentablemente forzados a una fusión para la que no están destinados si no es violentando sus peculiaridades y encerrándolos en un lecho de Procasto que anula su autonomía.

Las ciencias humanas han optado muchas veces, paradójicamente, por modelos científico-naturales en una búsqueda de prestigio y exactitud notables. Si, en su conjunto, ello ha resultado beneficioso, será la historia quien lo juzgue. Pero, por el momento, podemos afirmar que, de cara a la observación y la experimentación, de cara a la matematización y a una actitud explicativa, el modelo científico-natural ha sido muy favorable. Aunque ello nada tiene que ver con si es legítimo o absurdo aplicarlo indiscriminadamente incluso cuando no se trata de investigar fenómenos naturales.

Si la psicología de hoy ha llegado a alcanzar determinadas cotas de cientificidad, ello ha sido, según unos, a costa de sacrificar la autonomía plena de su objeto, o de distorsionarla; y, según otros, gracias a los métodos de investigación propios del modelo científico-natural, que le ha servido como patrón referente. Son muchas voces las que han señalado a lo largo de la historia la inadecuación o la obsolescencia de los modelos de que la psicología se ha servido.

Probablemente ha sido el psicoanálisis, así como los sistemas humanistas y existenciales, y eso de forma ambivalente y dolorosa, los dominios paradigmáticos de la psicología que más se han opuesto en la práctica a adoptar las pautas de ordenación y sistematización científico-naturales, tanto en la definición de su objeto último de estudio radicalmente inobservable, como en su método: la interpretación o hermenéutica descifradora del sentido oculto y metaempírico de la conducta significativa. Pero pese a dicha renuncia en su aspecto aplicado y metodológico, sus construcciones teóricas más abstractas —las metapsicologías— han intentado definirse dentro del campo científico, tanto por su lenguaje (fiscalista, energetista, determinista y mecanicista), como por los modelos con los que intentó parangonarse: la física, la fisiología, la anatomía, la biología, etc. Respecto al Psicoanálisis, concretamente se afirma:

«Es así, en particular, que con la acometida del psicoanálisis, la psicología contendría en sí misma una práctica que viene por sí misma y metódicamente a contradecir su intención, su esfuerzo, e incluso su pretendida adquisición de cientificidad» (M. Dubarle, 1976, 128) (traducción nuestra).

4. CONCLUSIÓN

Según que los modelos adoptados caigan dentro del ámbito científico-natural o humano-social, las construcciones en psicología son descriptivas, causales, atomísticas y nomotéticas, o totalistas, comprensivas, moleculares e idiográficas. La psicología permanece deudora, al fin y a la postre, principalmente de las mismas «madres» y «madrastas» de cuyo seno se desgajó con vida propia, a saber: la fisiología (medicina conductual, psicología de la salud, biofeedback...), la fenomenología (psicología cognitiva, psicología de constructos), de la medicina (psicología dinámica), de la etología (psicología conductual y del aprendizaje), aunque ha incorporado nuevos patrones modelísticos y representacionales, más a tenor de los lenguajes e instrumentos imperantes en la presente época histórica: la informática, el procesamiento de datos matemáticos, el análisis estadístico, la sociometría, etc., que van configurando nuevos modelos representacionales más ágiles y fáciles como construcciones teóricas y más útiles por las aplicaciones prácticas que permiten. ¿Cómo habremos de situarnos hoy ante la siguiente frase hiriente de Politzer formulada hace ya casi setenta años y que se hacía eco de la confusión representacional y metodológica presentada por la joven psicología? ¿Estamos seguros los psicólogos

contemporáneos de habernos sacudido el polvo de herencias ingratas, de haber alcanzado autonomía modelística, de haber obtenido la consolidación suficiente? ¿O los nuevos modelos representacionales han aumentado aún más la confusión gnoseológica endémica en la psicología? Como ocurre siempre con el pluralismo: abre más el abanico de posibilidades pero restringe el margen de las seguridades.

«La misma diversidad de las tendencias no representa sino resurgimientos sucesivos de esta ilusión, consistente en creer que la ciencia puede salvar la escolástica... Eso es lo que explica también la importancia del método científico en manos de los psicólogos...» (G. Politzer, 1928, 16-17).

Acaso el pluralismo en las representaciones posibles acentúe la Escolástica que durante el siglo XX ha caracterizado la psicología y nos aleje cada vez más de alcanzar en nuestro campo una síntesis de tipo newtoniano.

5. BIBLIOGRAFÍA

- ANGUERA ARGUILAGA, M. T. (1977), Construcción de modelos en psicología, *Anuario de psicología*, 16 (2), 35-60.
- BARÓN, R. y otros (1978), *Psicología: un enfoque conceptual*, México, Interamericana.
- BOWER, G. H. (1993), 'The fragmentation of Psychology?', *American Psychologist*, 48 (8), 905-907.
- BRAUNSTEIN, N. A.; PASTERNAK, M. y otros (1975), *Psicología, ideología y ciencia*, México, Siglo XXI, 1982, 2.^a ed.
- CAPARRÓS, A. (1978), La psicología, ciencia multiparadigmática, *Anuario de Psicología*, 17, 2, 55-86.
- DORSCH, F. (1976), *Diccionario de Psicología*, Barcelona, Herder.
- DUBARLE, M. (1976), *Epistémologie et sciences humaines*, Institut Catholique de Paris.
- FERRATER MORA, J. (1941), *Diccionario de Filosofía*, Madrid, Alianza.
- GRECO, P. (1967), 'Epistemología de la Psicología', en J. PIAGET, *Tratado de lógica y conocimiento científico*, tomo VI, Buenos Aires, Paidós.
- KIMBLE, G. A. (1994), 'A frame of reference for Psychology', *American Psychologist*, 49 (6), 510-519.
- KOCH, S. (1994), '«Psychology» or «The Psychological Studies?»', *American Psychologist*, 48 (8), 902-904.
- LAGACHE, D. (1949), *La unidad de la Psicología*, Buenos Aires, Paidós.
- MILLER, G. A. (1968), *Introducción a la Psicología*, Madrid, Alianza.
- MOSTERÍN, J. (1978), 'Sobre el concepto de modelo', en *Teorema*, 8, 131-141.
- MUELLER, F. L. (1960), *Historia de la Psicología*, México, FCE.
- MUSSO, J. R. (1970), *Falacias y mitos metodológicos de la Psicología*, Buenos Aires, Psique.

- OÑATIVIA, O. V. (1982), «Psicología, ciencia joven». *Actas del Primer Congreso de Teoría y Metodología de las Ciencias*, Oviedo, Pantalfa, 199-213.
- PINILLOS, J. L. (1981), 'Observaciones sobre la Psicología científica', en *Análisis y modificación de conducta*.
- POLITZER, G. (1928), *Crítica de los fundamentos de la Psicología*, Barcelona, Martínez Roca Ed., 1972.
- RAPP, F. (1980), 'Observational data and scientific progress', en *Studies of History and Philosophy of Science*, 2, 153-162.
- RECHEA, C. (1982), 'El concepto de modelo en Psicología', *Análisis y modificación de conducta*, 6 (11-12), 109-115.
- RIBES IÑESTA, E. (1982), *El conductismo, reflexiones críticas*, Barcelona, Fontanella.
- RICHLAK, J. F. (1993), 'A suggested Principle of Complementarity for Psychology. In Theory, not Method', *American Psychologist*, 48 (9), 933-942.
- ROF CARBALLO, J. (1975), *Fronteras vivas del psicoanálisis*, Madrid, Karpos.
- SÁNCHEZ BARRANCO, A. (1991), *Historia de la Psicología*, Sevilla, Ed. Científico-Técnica.
- SÁNCHEZ SÁNCHEZ, T. (1993), 'Reflexiones en torno a las armónicas relaciones entre historia y epistemología de la Psicología', en *Revista de Historia de la Psicología*, 14 (3-4), 9-18.
- SHARP, S. (1978), 'Constructive properties of theoretical models', en *British Journal of Psychology*, 69, 37-43.
- TIZÓN GARCÍA, J. L. (1978), *Introducción a la epistemología de la Psicopatología y la Psiquiatría*, Barcelona, Ariel.
- YELA, M. (1994), 'El problema del método científico en Psicología', en *Anuario de Psicología*, 60, 3-12.

TERESA SÁNCHEZ SÁNCHEZ

RESUMEN

Uno de los problemas epistemológicos constantes en la psicología contemporánea es la necesidad de clarificar su objeto específico de estudio. La pluralidad de objetos existentes a lo largo de la historia ha producido a menudo confusión de lenguajes, objetivos y metas. En este artículo se analizan dos de las principales causas de la problemática autonomía gnoseológica de la psicología, sus fronteras y dependencias respecto a otras disciplinas, por una parte; y por otra, los modelos ideológicos que están en la base de las diferentes concepciones psicológicas al uso.

PALABRAS CLAVE: modelo, psicología, epistemología, objeto, frontera, ciencias.

ABSTRACT

One of the epistemological problems that are constant in the contemporaneous Psychology is the need to clarify its specific object of study. The plurality of objects

that existed all along its history, has often before a confusion of languages, objectives and purposes. In this article, two of the main causes of the problematic gnoseological autonomy in Psychology are analysed, the frontiers and the dependence on other disciplines in one side, and in the other the ideological models that are in the base of the different psychological conceptions that are used.

KEY WORDS: Model, Psychology, Epistemology, Object, Frontier, Sciences.